

INTRODUCCIÓN

José Antonio Mazzotti
Tufts University

Pocos cuestionarían hoy el alto lugar que el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) ocupa no sólo en las letras en español de ambos lados del Atlántico, sino sobre todo en el devenir cultural del continente latinoamericano, en el que las definiciones identitarias están a la orden del día y la actualidad de las culturas indígenas se hace más evidente merced a los numerosos cambios sociales y políticos por los que atraviesa la región en esta llamada era de la globalización económica y cultural.

El Inca Garcilaso no es sólo una de las figuras mayores del Siglo de Oro de la literatura hispana, es también el héroe cultural al que han apelado numerosos pensadores y políticos para tratar de sintetizar sentimientos colectivos y su sentido de la pertenencia al suelo americano.

Cuatrocientos años después de la aparición en Lisboa de la Primera Parte de los *Comentarios reales* en 1609, los homenajes, reflexiones, congresos, ediciones y recopilaciones de ensayos han proliferado de manera que sin duda sería halagüeña para el Inca. El Congreso Internacional «Renacimiento mestizo: los 400 años de los *Comentarios reales*» que da origen a este volumen se inauguró una mañana primaveral de abril del 2009 en el campus de la Universidad de Tufts, en Boston. La ocasión fue, además, mágica y tocada por el destino, pues coincidió con la Semana Santa, fecha que por sí misma implica muerte y resurrección. En el caso del Inca Garcilaso, no sólo celebramos cuatro siglos de la aparición de su obra monumental, sino también 470 años de su nacimiento el 12 de abril. Fue imposible, pues, sustraerse a la importancia

de estos aniversarios que, como todos, son motivo de reflexión y revisión de lo avanzado hasta el momento. En este caso, abundaron las nuevas contribuciones al estudio del Inca Garcilaso que ahondaron en la trascendental problemática que su obra inauguró.

El Inca Garcilaso constituye, como sabemos, un símbolo nacional, continental y, hoy diríamos que ya no sólo transatlántico, sino internacional. Las formas de abordar su obra son múltiples, y todas valiosas. Para tener una idea de la amplia gama de ángulos desde los que se puede examinar la escritura del Inca, basta recordar el diálogo que Garcilaso estableció con cronistas como Acosta, Cieza, Fernández de Oviedo, López de Gómara, Román, Zárate, Valera y otros, y también con toda una corriente de pensamiento neoescolástico, con los clásicos, con el neoplatonismo, con la filología, y con discursos oficiales que amenazaban directamente el ascenso y el acomodamiento de los grupos mestizos e incas en el aparato administrativo español. Recordemos también sus vínculos muchas veces declarados con su propia parentela cuzqueña y con sus condiscípulos mestizos, con los que creció en el Cuzco. Por eso, el garcilasismo no puede dejar de prestar atención a ese universo en su totalidad y se constituye así como una de las ramas más reconocidas, pujantes y valiosas de los estudios “coloniales” hispanoamericanos.

Pero leer hoy al Inca Garcilaso es también un ejercicio intelectual que trasciende las antiguas preocupaciones de renombrados garcilasistas como José de la Riva Agüero, Luis Eduardo Valcárcel, José Durand, Aurelio Miró Quesada y tantos más. En este mundo ya globalizado, el intenso drama de la búsqueda de una identidad y de las estrategias de supervivencia del Inca entre un pasado tradicional (el incaico teocrático y el feudal español) y las nuevas vías de la modernidad renacentista tiene mucho que decirnos, más aún cuando Garcilaso anticipó algunas de las experiencias migratorias y el exilio de millones de individuos del día de hoy.

Garcilaso mismo, como sabemos, experimentó por lo menos cuatro formas de migración durante su vida. En primer lugar, la migración lingüística, de su lengua materna, el quechua, a la paterna, el castellano, que adoptaría más tarde para la escritura de toda su obra, pero sin abandonar la reivindicación de su conocimiento interno de la lengua de los incas para autorizarse a sí mismo como voz histórica y traductor cultural. Luego, la migración onomástica desde su nombre de bautismo, Gómez Suárez de Figueroa, hasta su nombre elegido de Inca Garcilaso

de la Vega, que revela su apuesta por el glorioso pasado militar y literario de su familia paterna, pero también recupera la estirpe real de su madre al anteponer a su nombre el apelativo de mayor importancia entre la nobleza cuzqueña. Asimismo, la migración discursiva, desde los relatos de la aristocracia incaica hasta la alta retórica de la historiografía renacentista del siglo XVI, lo que da a algunas partes de su obra una resonancia de oralidad y de relato fundacional que no se encuentra fácilmente en los cronistas españoles. Y, paralelamente, la migración geográfica, desde su ciudad natal del Cuzco, en la cordillera peruana, donde pasó los primeros 20 años de su vida, hasta las ciudades andaluzas de Montilla y Córdoba, donde vivió los restantes 57, sin volver nunca al Perú, donde el Cuzco que dejó en 1560 se había transformado en otra realidad que él tratará de reconstruir con el mayor detalle a partir de sus recuerdos, las noticias de sus parientes y condiscípulos y su lectura de otras crónicas. Cada una de estas experiencias migratorias fue fundamental para definir el particular estilo de su escritura y sus respuestas como nuevo sujeto americano dentro de una sociedad estamental y profundamente religiosa.

Quizá por eso el Inca sigue ofreciendo lecturas que nos permiten entender no sólo el drama de su época, sino muchos de los problemas que se plantean hoy los estudios sobre migración, identidad, mestizaje y agendas indígenas en América Latina y el mundo en general. Pues, ¿qué significaba ser mestizo americano en un contexto donde poco antes no los había? La experiencia de los cruces raciales y culturales con los moros del sur de España avizoraba algo de esta problemática, pero no en su totalidad. Mucho menos cuando se trataba, como en el Inca, de un individuo con filiaciones y aspiraciones dinásticas importantes, que implicaban la preservación de un saber americano y la presentación legible de éste al público europeo.

Se ha dicho antes que el mestizaje del Inca Garcilaso no es sólo selectivo, sino también oscilante. Sin duda, logra conciliar a veces tradiciones tan disímiles como la incaica y la española de manera inadvertida. Pero también hay momentos en que puede verse el desgarramiento ante la imposibilidad de transformar ambos legados en una sola síntesis identitaria.

Quizás sea ése, precisamente, uno de sus significados más valiosos. Salvando las distancias, el Inca tuvo que ajustarse a algunas circunstancias como las que hoy viven millones de migrantes. Una de ellas, por

ejemplo, la dificultad de volver a una tierra de origen donde se vería coaccionado por la legislación vigente y por las duras circunstancias políticas y económicas que vivieron muchos de los hijos de los conquistadores. En tal sentido, la reconstrucción que Garcilaso hace del pasado incaico, con todas las idealizaciones que sin duda tuvo, lleva también las marcas de una proyección hacia un futuro colectivo, en el que su grupo y, más ampliamente, los «indios, criollos y mestizos del grande y riquísimo Imperio del Perú» podrían vivir un destino común. Pero recordemos que Garcilaso ubica a los mestizos en la cúspide de esta nueva pirámide social y por «Imperio del Perú» entiende el Virreinato peruano, que abarcaba casi la totalidad de Sudamérica como entidad sucesora del imperio incaico. No debe confundirse ese «Perú» con un posterior proyecto republicano independiente, pero tampoco se debe ignorarlo atribuyendo al Inca una falta de identidad colectiva que lo haría hoy un simple transterrado, sin sentido alguno de la nacionalidad (claro que en un sentido étnico y premoderno).

Situar a Garcilaso en su contexto es, pues, fundamental. Su pertenencia a las dos tradiciones culturales de sus progenitores lo sitúa en una encrucijada sumamente difícil dentro del universo social del imperio español. Sin embargo, su identificación es con esos «indios, mestizos y criollos» de los que se declara «su hermano, compatriota y paisano» en el célebre Prólogo-Dedicatoria de la Segunda Parte de los *Comentarios*. También dice «yo llamo así [mi patria] a todo el Imperio que fue de los Yncas» (Primera Parte, Libro IX, Cap. 24). El universalismo del Inca tiene, pues, coordenadas específicas y no debe ser postmodernizado sin reparar en su especificidad como «indio mestizo» e «indio Inca», según le gustaba llamarse a sí mismo.

El conocimiento de estudiosos como los de este volumen es una fuente valiosísima para no confundir tiempos ni agendas, pero también para entender la validez universal, en algunos aspectos, de la herencia garcilasiana. Los trabajos de alta calidad presentados en el congreso de Tufts abarcaron desde los más refinados análisis textuales hasta las más actualizadas interpretaciones de la obra del Inca para nuestras definiciones de identidad, raza, agencia intelectual y subjetividad migrante. Con ello, este congreso cumplió su objetivo y fortaleció una de las tradiciones más ricas y creativas de los estudios latinoamericanos.

Podrá verse en una primera parte de este volumen la preocupación prolija por la complejidad textual de los *Comentarios* en los trabajos de

Trinidad Barrera, Domingo Ledezma, Fermín del Pino-Díaz y Guillermo Serés. Los dos primeros examinan la importancia del microrrelato de Pedro Serrano en los Capítulos 7 y 8 del Libro I de los *Comentarios*; Trinidad Barrera, desde la tradición de la literatura de naufragios y cómo el Inca Garcilaso se inserta en ella; Domingo Ledezma, identificando el documento histórico que posiblemente dio lugar al relato del Inca, con lo cual se contribuye al conocimiento sobre la relación directa que éste tenía con los sucesos de su tiempo. Por su lado, Fermín del Pino-Díaz pondera la importancia del padre José de Acosta en la composición de los *Comentarios*, moderando cuidadosamente las posiciones anti-acostianas de un sector del garcilasismo moderno; y Guillermo Serés elabora las afinidades entre la obra de Garcilaso y el pensamiento de San Agustín, sobre todo en lo que se refiere al devenir histórico y a la unidad de las cuatro partes del mundo (incluyendo a América como componente esencial de un amplio designio divino).

En la segunda parte del volumen, sobre el contexto intelectual y político del Inca, Carmen de Mora traza el cuadro de la amistad y fecundo diálogo que Garcilaso mantuvo con destacados filólogos y sabios andaluces que lo guiaron por los caminos de la erudición clásica y la literatura de los anticuarios. Asimismo, Amalia Iniesta nos entrega una evaluación de «las prácticas de lectura y escritura del Inca Garcilaso» en relación con su estatuto de historiador que lee a otros historiadores; y Antonio Lorente Medina analiza los pasajes de los *Comentarios* relacionados con la periferia de los musus y los chiriguanos tanto durante el imperio incaico como en el naciente Virreinato, trazando la analogía garcilasiana entre ambos órdenes políticos para fortalecer la agenda mestiza de reivindicación de la administración de los ancestros maternos del Inca.

La tercera parte del volumen recoge los trabajos relacionados con el mundo religioso y las categorías de pensamiento que Garcilaso despliega a lo largo de su obra. En primer lugar, Luis Millones examina el mundo sobrenatural de Garcilaso e identifica las alteraciones ejercidas por el Inca del panteón incaico. Luego James W. Fuerst explora la figura del dios Pachacamac y logra encontrar en el uso que de él hace Garcilaso un mecanismo de validación velada de determinadas creencias andinas y parte de una estrategia narrativa hasta ahora soslayada por la crítica garcilasista. En un giro hacia el saber lingüístico del Inca, Rodolfo Cerrón-Palomino identifica importantes pistas para ligar la «reforma ortográfica quechua» del Inca a la influencia del jesuita Blas Valera, lo

cual confirma y obliga a reevaluar el importantísimo papel que el cronista chachapoyano tiene en la concepción entera de los *Comentarios reales*. A continuación, Takahiro Kato elabora un agudo análisis de la figura del caballo tal como aparece en los *Comentarios*, y desentraña el significado profundo del miedo que Garcilaso declara que los indios tenían al equino. Para ello, recorre el universo de las categorías epistemológicas y sagradas de los indígenas andinos y encuentra que el significado de *waka* es el que mejor explicaría ese miedo medular que los paralizaba ante su presencia. También enriquece esta sección el trabajo de Verena Dolle, que estudia las nociones de espacio empleadas en los *Comentarios*, identificando las categorías occidentales de espacio que el Inca despliega en su obra, pero a la vez reconociendo los estudios que sobre el tema se han hecho desde la consideración de nociones andinas del espacio geográfico y simbólico. El último artículo de esta sección es de José Antonio Rodríguez Garrido, que contribuye al mejor conocimiento del teatro incaico que Garcilaso describe al revelar sus filiaciones con el teatro jesuita catequizador. Con esto, el autor desentraña un nuevo aspecto de las profundas conexiones del Inca con el pensamiento de un sector de esa orden religiosa.

En la cuarta parte del volumen, sobre «el impacto de la recepción», Rolena Adorno analiza los pasajes de los *Comentarios* acerca de la conquista de Chile en el contexto de la primera traducción, aunque parcial, al inglés en 1625. Define su función en la obra e ilumina el contexto cultural británico en el juego de las fuerzas políticas de la Europa imperial. Fernanda Macchi estudia la segunda edición en español de los *Comentarios reales* por Andrés González de Barcia en 1722-1723, escudriñando su importancia en la recepción ilustrada del Inca a lo largo del siglo XVIII. Más adelante, Enrique Cortez encuentra en *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del duque de Rivas, ya en el siglo XIX, la transposición del drama del mestizo en la literatura española y su utilización en el debate peninsular sobre la diferencia racial y cultural.

La quinta parte del volumen se dedica a temas que también tocan la recepción, pero desde el análisis de algunos tópicos de enorme presencia contemporánea. Raúl Marrero-Fente revisa las categorías del derecho que Garcilaso emplea en su descripción de la administración incaica. Julio Ortega reflexiona sobre el papel de traductor en el esfuerzo garcilasiano por hacer sus dos mundos inteligibles entre sí. José Ignacio López Soria relativiza la modernidad del Inca en función del género

discursivo que escogió (la crónica) y subraya las categorías sociales estamentales en que el autor de los *Comentarios* se desenvolvía en su momento. Margarita Zamora aclara acertadamente el estatuto social del Inca dentro de la legislación de su época, y cómo empiezan a percibirse en su obra las primeras señas conscientes de la discriminación racial que más tarde se haría prevalente en la concepción del indio y del mestizo en América Latina. Por último, Mabel Moraña define los perfiles epistemológicos del Inca como historiador de su tiempo y como sujeto de conocimiento alternativo, planteando así la trascendencia de la obra de Garcilaso y su pertinencia en los debates sobre el papel de los intelectuales en los movimientos sociales de nuestra actualidad.

Cada uno de los veintiún ensayos de este volumen, hasta hoy inéditos, está avalado por una investigación sólida, un manejo profundo de las fuentes primarias y secundarias y por la prestigiosa trayectoria de sus autores. Individualmente y en conjunto constituyen aportes notables al mejor conocimiento de la obra del Inca Garcilaso y a la reflexión sobre el devenir intelectual latinoamericano. En ese sentido, este libro no sólo ofrece respuestas a algunas de las interrogantes más densas sobre la obra de Garcilaso, sino que abre preguntas que surgen espontáneamente de los nuevos encuadres y perspectivas con que los avances filológicos y la postmodernidad interdisciplinar asumen sus objetos de estudio. Los lectores notarán que las citas se han modernizado para facilitar y homogeneizar su presentación, pero se ha mantenido la mención de las fuentes originales en la bibliografía respectiva de cada artículo.

No podría cerrar esta breve introducción sin mencionar el generoso aporte del Departamento Lenguas Romances de la Universidad de Tufts, del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la misma Universidad, del Grupo de Investigación Siglo de Oro (o GRISO, de la Universidad de Navarra), de la Asociación Internacional de Peruanistas y del Consulado General de España en Boston en la realización del congreso de abril del 2009.

Mención aparte y especial merecen el GRISO y su director, Ignacio Arellano, por su imprescindible aporte en la publicación de estas actas y su sostenida labor de investigación y difusión de las letras hispanoamericanas a través del Centro de Estudios Indianos.

A todos ellos, mi sincero agradecimiento.

Boston, diciembre de 2009